

apostató infelizmente, y Nicéforo recibió la palma que parecia pertenecer ya á Saprício.”

Convendrás que mi Susanita, no discurre tan mal para sus pocos años. Así que pase Navidad la llevaré á presentar á la Sra. Béchar, y espero que pronto se verán reunidas bajo el techo de la tia abuela, la madre y la hija.

Mientras tanto no ceses de pedirle á Dios el buen éxito de esta gran empresa, queriéndote como siempre.

Tu antigua amiga

Sor TERESA.

CARTA XXXI.

Paris, Hospital de San Luis.

Estamos en plenos dias de carnestolendas, querida Carolina, y mis enfermos, alhagados con la esperanza de irse á divertir con el Carnaval, se han figurado estar casi todos en convalescencia, y han querido abandonar mi sala, que por ahora se halla casi vacía; así, no teniendo mucho que hacer, aprovecho la ocasion para platicar contigo y repetirte el desenlace de mi pequeña historia Béchar y compañía.

A los dos dias de Navidad, como te lo habia yo anunciado, presenté á Susana á su tia abuela, quien quedó tan enamorada de ella, que no queria dejarla ir, y solo condescendió con la condicion de que volveria muy pronto á que darse con ella.

Eso se verificó dos ó tres dias despues, y la jo-

vencida se condujo con tanta destreza, mostró tanta deferencia á los menores deseos de la anciana, que a poco tiempo llegó á hacerse amar tanto de ella, que alcanzó un verdadero ascendiente sobre su espíritu y su corazón.

—Creerá vd., hermana, me dijo una vez la Srita. Béchar, que esta muchachita Susana, aparentando hacer siempre mi voluntad, me somete á la suya? El otro día se le puso en la cabeza que había yo de cantar, y que ella me acompañaría con el piano.....

—Y cantó vd.? le pregunté.

—Preciso, pues si ella lo quería.....

—¡Ah! señora, la está vd. consintiendo mucho; si su mamá lo supiera....

—Le aseguro á vd., hermana, añadió Susana, que salió muy bien nuestro dúo. Mi buena amiga (la señorita quiere que así la llame), tiene todavía muy buena voz, y si se prestara á repetir la pieza de antier, vd. vería que no me falta tanta razón como ella la quiere hacer creer á vd.

Susana había oído decir muchas veces á su madre, que su tía había tenido muy buena voz y que gustaba de lucirla; así, aunque hacía mucho tiempo que no cantaba, creyó la jóven con

sobrado fundamento que no la había de desagradar oír que no lo hacía mal.

Mientras tanto, la ausencia de Susana había sumergido á la pobre de la Sra. Chevalier en una tristeza, que la era imposible dominar con su razón; y la melancolía y el aislamiento en que estaba, alteraron su salud hasta el grado de comprometerla seriamente; me hizo avisar su situación, y me suplicó que se la diese á conocer á su hija.

Con semejante noticia, le faltó á esta el valor, se puso á llorar y rogó á la Srita. Béchar que le permitiese volverse á su casa.

La idea de perder á Susana, aunque fuese por pocos días, consternó á la pobre anciana, que protestó que mejor quisiera morir, porque esa amable niña le había llegado á ser tan necesaria, como el aire, para su existencia: después, haciendo acercar á Susana, la estrechó entre sus brazos y le pidió con voz conmovida que no la abandonase.

—Pero ¿mi madre? ¿mi pobre madre, qué sucederá con ella? repetía Susana sollozando.

—Cálmate, Susana mía, respondió su tía, enjugando con temblorosa mano las lágrimas que bañaban el rostro de la jóven: consuélate, hija

mia, si tu madre quiere, yo haré que se reuna contigo; la haré venir aquí.

Saltó de gozo Susana, y llena de júbilo se echó al cuello de su tia, exclamando: ¡Oh! ya sabia yo, que era vd. muy buena, pero no me atrevia á figurarme que consentiria vd. tan fácilmente en volver á ver á mi madre!

—Pues qué la conozco yo? interrumpió la Srta. Béchar.

—¡Oh! exclamó Susana, sin contestar á la pregunta, permitame vd. volver á sus brazos y muy pronto la traeré á los vuestros; á cual más nos empeñaremos, ella y yo, en el cuidado y cariño de vd.; y vd.....

Ella dudó; y no se arriesgaba á acabar de decir lo que pensaba, pero adivinándolo yo, la hice seña de que siguiese. Entonces ella, cayendo de rodillas ante su tia y cubriéndole las manos de besos, la dijo:

—¡Oh! prométame vd. que le devuelve á mi buena mamá todo el antiguo afecto de su corazón; querida tia mia, prométamelo vd.; no podré yo ser dichosa sino á ese precio.

—¿Qué es lo que dices, Susana? preguntó la Srta. Béchar, cuyo rostro se puso pálido como la muerte; ¿será acaso tu madre?.....

—Si, querida tia, es su sobrina, la que me enseñó siempre á respetar y estimar á vd. aun antes de haberla conocido.

—¡Susana!..... ¡hija mia!..... ¡qué!..... ¡eres su hija?..... dijo la Srta. Béchar estrechandola con amor entre sus brazos. Después, rechazandola casi inmediatamente, agregó con un acento muy marcado de amargura: ¡Ay! ¿para qué te habré conocido?

—Tia mia, ¿he desmerecido acaso su ternura solo por saber que le pertenezco por lazos todavía más sagrados?

—¡Oh! no! hija mia, pero tu madre, tu madre.....

—Pues bien, querida tia, mi madre no tendrá ya el cruel pesar de verse lejos de vd., ya saldrá del triste abatimiento en que está, separada de vd. y de mí.

—La veré, Susana, la hablaré; ¡pero darla asilo en mi casa! seria mucho exigir de mí.....

—Entonces vd. quiere obligarme á abandonar á mi querida tia, lo que sentiria tanto, dijo Susana con una voz muy cariñosa y mostrando esperar con ansiedad la respuesta.

—No! no! replicó la pobre anciana enternecida; no, Susana, tu has vencido, corre por tu

mamá..... Pero, añadió luego, es preciso ante todo que tú y Sor Teresa me juren que no ha abjurado la fé católica.

—¿No la he dicho ya á vd. señora, que esa pérfida acusacion era sólo una infame calumnia? la respondí yo con prontitud; y por otra parte, ¿puede vd. abrigar todavía algun género de duda sobre eso, cuando se puede convenir por sí misma con una prueba sin réplica?

—¿Cuál prueba, Sor Teresa?

—La educacion piadosa que ha recibido esta niña, y que la debe toda á su mamá.

—Bien dicho, es verdad. Corre, pues, querida Susana, corre á ver á tu mamá, dile que está olvidado todo lo anterior, que la devuelvo todo mi cariño, y que venga para felicitarla y darle las gracias por haberme dado una sobrina nieta tan buena como tú.

Ya puedes figurarte lo demás, Carolina; la entrevista entre la tia y la sobrina fué de las más patéticas; nada faltó en ella; ni lloros, ni sollozos, ni abrazos, ni muestras de ternura y pesar por lo pasado, ni etc., etc.

En fin, espero que la reconciliacion es sincera, y que la paz será duradera, porque Susana sabrá conservarla.

Mientras que mis tres amigas, en medio de su dicha, se prodigaban mutuamente mil caricias, yo me escabullí sin ruido y tomé pedestremente el camino del hospital de S. Luis, donde dió mucha alegría la noticia que les llevé. Mis hermanas me felicitaron por el buen éxito de ese asunto, y llevaron su entusiasmo hasta el grado de declarar que merecia yo ser victoreada, lo que por decontado, rehusé por modestia.

Al dia siguiente de tan feliz suceso, hizo decir la Srta. Béchar una misa de accion de gracias; y apoyada en el brazo de la amable Susana, se arrodilló en la Sagrada Mesa, entre ella y la Srta. Chevalier, á quien tanta dicha la devolvió las fuerzas: hoy participa con su hija del afecto de su tia, quien dice que me debe á mí el ser ahora tan dichosa. Adios, querida Carolina, ya nos llaman para hacer la lectura espiritual, te dejo por cumplir con un deber, creo que no te has de enojar por eso, y espero que cuando le escribas á tu prima la Srta. de Marval no dejarás de poner algunas líneas para tu amiga.

SOR TERESA.